

Generación cochebomba

Martín Roldán Ruiz

A mis viejos por todo

Y a la memoria de Jorge Luis Zubieta «El Chuly», Beto Maya, Rubén Quispe «El Chame», Abel Sánchez «El cachinero», Miguel Ángel «Beni Hill», Jose Eduardo Matute (Ataque Frontal), Edwin Núñez (Zcuela Crrada), Gabriel Darvazzi (QEPD Carreño), Edgard Barraza (Kilowatt) y Saúl Cabrera Calsín (El Omiso).

Lado A

*Los rifles silban desafinados
la canción de muerte que han creado
Los de derechas se tropiezan
con los de izquierdas y viceversa*

*Estamos insultando a la ley
y estamos en su truco el dinero
Como perdedores, como perdedores, como perdedores
estamos en su juego*

¡Oi! ¡Oi! ¡Oi!

*Sometidos, controlados
por un país tercermundista
Corroídos, condenados
por un sistema de cobardes*

*Estamos insultando a la ley
y estamos en su truco el dinero
Como perdedores, como perdedores, como perdedores
estamos en su juego*

¡Oi! ¡Oi! ¡Oi!

*Nadie es inocente, todos terroristas...
Nadie es inocente, todos terroristas...
Nadie es inocente, todos terroristas...
Nadie es inocente, todos terroristas...*

Eskorbuto, «Nadie es Inocente».

I

«La mierda existe», pensó. Se había detenido de pronto y como una revelación la vio en el *smog* de los carros, en la grisura de los edificios, en la suciedad de las veredas y fachadas. Sí, por donde posaba los ojos estaba presente, como un ser vivo, como un peruano más. «Calles de mierda, tránsito de mierda, gente de mierda, sociedad de mierda... ¡País de mierda!». Sí, por todos los lados de esa avenida en donde caminaba una multitud amorfa, anónima, que solo esperaba el fin de semana para vivir. En medio de todo eso, Adrián R dejaba que el mar humano lo rebasara, buscando el camino correcto que complementara su soledad.

La temperatura había bajado y el frío arreciaba. La neblina cubría parte de la torre del Centro Cívico y del hotel Sheraton. Al frente de ellos, como uno más, Adrián R se abotonaba la casaca de jean, preguntándose si aún valía la pena seguir avanzando entre esa gente que parecía ponerle trabas. Gente como él, joven en su mayoría, que seguro había salido de las academias de preparación preuniversitaria o de algún bar malandro del centro de la capital. Muchachos que no querían perder su tiempo y se buscaban un futuro, tan incierto como el del país entero. «Todos caminan, pensó, algunos me persiguen pero no saben que me persiguen, otros no saben que son perseguidos y otros desean ser perseguidos, mas nadie los persigue. Es así, siempre fue así y siempre será así».

Lanzó un escupitajo al viento y continuó por la avenida, repasando sus diecisiete años al lado de su padre, su madre y su hermana. Sin muchos amigos. Vida en su mayor parte solitaria, a pesar de uno que otro romance sin trascendencia para él. Como ese día, como todos los días en los que solo despertarse implicaba una partida inútil en una carrera sin premio.

Cerca de la Embajada de Estados Unidos le dieron ganas de fumar. Los soldados que custodiaban el edificio lo examinaron con recelo. Les lanzó una sonrisita hipócrita. Cruzó el Paseo Colón, lleno de vendedores ambulantes y se detuvo en una carreta. Unos niños que correteaban por allí lo distrajeron; llevaban prendas raídas y grises. La suciedad los mimetizaba con las veredas. Algunos tenían zapatillas inmundas y otros estaban descalzos; los mocos caían de las narices y los cabellos estaban llenos de tierra, atiborrados de piojos. Uno de ellos le hizo una especie de saludo. Adrián R sonrió, y de inmediato el niño le pidió dinero.

—Una propinita, pe —suplicó el mocoso.

—¿Para qué la quieres? —preguntó Adrián R.

—Para comer un menú —respondió esperanzado el niño.

—¿No será para comprar Terokal?

—No, señor, yo no huelo Terokal.

Asustado, creyendo que hablaba con un policía, el niño trató de escabullirse, pero antes de que pudiera correr fue atenazado con fuerza por las manos de Adrián R; intentó soltarse, se zarrandó, pero, al no obtener resultado, fue cediendo. Algunos transeúntes observaron la escena y, sin darle importancia al asunto, continuaron. El niño volvió a forcejear.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Adrián R.

—Raúl —contestó el chiquillo rápidamente.

—¿Tu apellido?

—No me acuerdo —respondió temblando y agregó—: Señor, ¿usted es policía?... ¡Por fa, no me lleve al albergue, ya pe, no me lleve!

Adrián fue conmovido por ese rostro mestizo y de ojos medio verdes que comenzaron a brillar lacrimosos. Así fingía cuando

se encontraba en peligro. Sabía conmover y el llanto muchas veces le había salvado el pellejo.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Adrián R.

—Trece —respondió Raúl y preguntó—: ¿Usted es policía?

—No —dijo Adrián R. Buscó en su bolsillo algunos billetes, sacó unos intis y se los entregó—. ¡Toma! Cómprate algo de comer y olvídate del Terokal.

Raúl tomó el dinero y lo guardó en el bolsillo de su pantalón mugroso; cuando se sintió libre recuperó su vivacidad y salió a la carrera sin dar las gracias. A pocos metros, se le acercaron los otros niños que habían estado viendo todo y se perdieron juntos en el laberinto de gente del paseo Colón.

«Es mi buena acción del día», se dijo Adrián R. Recordó las ganas de fumar y compró unos cigarrillos. Echando el humo por la nariz, reanudó su caminata sin reparar que las viejas casonas de buhardillas apolilladas con puertas de rejas herrumbrosas y techos húmedos iban muriendo entre restaurantes grasientos con aroma a salchichas y papas fritas. Tampoco que el viejo Parque de la Exposición y el Museo de Arte le daban la espalda.

«Esta es mi Lima», se dijo, y recordó cuando era niño y recorría esas calles que ahora estaban llenas de basura, de vendedores ambulantes, mendigos, locos y borrachos; de automóviles y microbuses obsoletos que funcionaban gracias a la habilidad de algún mecánico empírico. La tres veces coronada villa ya nunca más lo era; se había largado hace mucho y era, en esos años tortuosos e inciertos, tan atractiva como para suicidarse en ella.

Llegó a la esquina del jirón Chíncha y se adentró. A los pocos metros se detuvo y buscó si estaban Pocho Treblinka, el Innombrable y Carlos Desperdicio. No encontró a nadie. Solo había rostros extraños, ajenos, también sombras en toda la calle. «Hay regular cantidad de gente, espero nomás que el concierto sea bue-

no» pensó. Optó por recostarse en una pared. Frente a él había una puerta en torno a la cual se aglomeraba un grupo de muchachos; sobre ellos, en un toldo blanco con forma de cúpula, se podía leer en letras negras: NO HELDEN.

La calle no tenía casas vecinas; era solitaria y marginal. Hacia la esquina con el jirón Washington, existía un edificio de oficinas. Las paredes pertenecían a cocheras y estaban garabateadas con graffitis que invitaban al suicidio, a las drogas o a la acción revolucionaria, alternativas muy válidas para la época. El ambiente era apropiado para esa discoteca subterránea y conciertos.

A pesar de estar apartado en un rincón, como queriendo diferenciarse de los que lo rodeaban, Adrián R estaba bastante ligado a ellos; él, por supuesto, no se percataba. Formaba parte de esa fauna de extraviados en una noche eterna en plena juventud. Se limitaban a escapar o enfrentar la realidad sin muchos aspavientos. La lucidez extrema los había vuelto indiferentes a todo. Para ellos la vida servía solo para ser vivida.

Los grupos bebían tragos que a simple vista eran combinados de ron o pisco con gaseosa. Las prendas negras, las botas militares y los cabellos parados eran lo común. Casacas de cuero y jeans con rodillas rotas. Todos dialogaban apasionadamente sobre temas que iban desde lo político y sus variantes, atravesando por el marxismo, el existencialismo y la música, hasta el Tao y demás temas que los mismos conversadores no entendían bien.

Adrián sintió ganas de beber un trago.

En la puerta del local, dos jóvenes se manifestaban tensos e impacientes, hablaban y fumaban expulsando el humo con rapidez. Uno de ellos era castaño con el cabello rapado y vestía una camisa verde olivo; el otro era cobrizo y estaba vestido de negro. Eran los organizadores. Algunos grupitos se animaban a entrar y les pagaban a ellos; otros, antes de ingresar, preguntaban por el

precio y las bandas que iban a tocar. Un foco casero los alumbraba dejando ver sus sonrisas nerviosas. Adentro del local un grupo probaba los equipos de sonido y sus instrumentos. La batería explotaba intermitentemente.

Sin trago y con el último cigarrillo en sus dedos, Adrián R sintió esa apatía que le asaltaba constantemente. ¿Por qué estoy en este lugar? ¿Por qué tengo que esperar a tres idiotas que de repente nunca llegaran? Debería volver a casa, salir de aquí como llegué, tomar el micro, irme a pie, abrir la puerta, aventarme sobre mi cama. Tal vez caminar por cualquier parte, acercarme a una chica, caerle simpático, tirármela... ¿A qué hora mierda llegan?

En ese instante, desde la avenida Guzmán Blanco, cinco jóvenes se aproximaban ocupando todo el ancho de la pista. Conforme se acercaban, los postes de luz los delataban. Dos de ellos estaban ligeramente adelantados; al parecer eran los líderes. El más alto era negro y cubría su cabeza con un pañuelo granate; llevaba una botella de trago a medio consumir. Unos centímetros atrás, caminaba un chato castaño con cara de malandrín. Cuando estuvieron cerca, algunos los saludaron.

Su llegada causó un pequeño alboroto. Adrián R los reconoció. Eran el Negro Bruno y el Moquillo, dos palomillas de Barrios Altos que Pocho Treblinka le había presentado tiempo atrás en una borrachera. Desde su lugar pudo ver y escuchar al Moquillo, siempre detrás del Negro, saludando. Hablaba rápido y pronunciaba equivocadamente las sílabas. Nadie le entendía bien, pues no guardaba la ilación de las frases. Su voz parecía la de los guaraperos que suben a los micros a pedir limosna.

Ese grupo se convirtió entonces en el punto. Varios se acercaron con sus tragos. Después de los saludos reiniciaron la charla. Bebían del pico de la botella en medio de diálogos cruzados; otros fumaban los cigarrillos nerviosamente, como si esperaran alguna tragedia próxima a desencadenarse.

Lado B

*Mis colegas quedan tirados por el camino
y cuántos más van a quedar
cuánto viviremos cuánto tiempo moriremos
en esta absurda derrota sin final.*

*Dos semanas, tres semanas
o cuarenta mil mañanas, qué pringue
la madre de dios*

*Cuánto horror habrá que ver
cuántos golpes recibir,
cuánta gente tendrá que morir*

*La cabeza bien cuidada
o muy bien estropeada y nada
nada que agradecer*

*Dentro de nuestro vacío
sólo queda en pie el orgullo, por eso
seguiremos de pie.*

*Mogollón de gente vive tristemente
y van a morir democráticamente
y yo y yo
y yo no quiero callarme
la moral prohíbe que nadie proteste
ellos dicen mierda y nosotros amén,
amén, amén,
amén a menudo llueve*

La Polla Records, «Ellos dicen mierda»

I

Los tiempos eran feos. La guerra interna era la principal desgracia y, como esta nunca llega sola, trajo invitados nada especiales: inundaciones, epidemias, paquetazos, escasez, inflación y todos los problemas habidos y por haber; aparte, claro está, de un presidente blablabla, de funcionarios corruptos, de una represión impune y un genocidio sistemático ejercido por el Estado, con sus injustas medidas para combatir la crisis económica. Todo esto abatía el espíritu de los peruanos. Faltaba, nada más, el terremoto apocalíptico que diera el tiro de gracia (¿o desgracia?) para hundir al país por completo, lo que provocaría una intervención extranjera encabezada por los yunaites, de seguro, apoyada por nuestros fraternales vecinos. O en el peor (¿o mejor?) de los casos, crear las condiciones objetivas para que las huestes de Gonzalo cercaran las ciudades desde el campo y aplicaran así el puntillazo final a la joven democracia del país, si es que se la podía llamar así.

El viejo Volkswagen anaranjado había recorrido casi media mañana. El padre de Adrián R se sentía un poco fastidiado, solo había tenido dos pasajeros hasta ese momento. Uno había sido un anciano que iba a atenderse al Hospital Obrero. El señor había regateado tanto que lo llevó más por lástima que por otra cosa. El otro fue un muchacho de clase media. Había subido sin reproches por la tarifa y pidió ser llevado hasta el jirón Cárcamo. Una vez allí bajó y el señor tuvo que esperar al lado de una bodega tétrica, rodeada de seres oscuros con caras de pesadilla. En el piso los restos de cigarrillos de pasta básica se llenaban de tierra. Entre ellos, los pastrulos morían en su sueño de kerosene y tóxicos. Cuando regresó lo llevó hasta un barrio en Surco. En el trayecto hablaron de

fútbol. «Alianza se va para campeón», dijo el muchacho. «Todavía falta. No vaya a ser como el año pasado que nos quitó el título San Agustín», dijo el padre. «No, maestro, con ese Escobar que está diablo, fijo que campeona», replicó el muchacho. «Esperemos que sea la de Dios», dijo el padre.

Las grandes calamidades sociales tienden necesariamente a tener influencia sobre las individualidades y sobre todo en la particularidad de sus calamidades. Adrián R lo consideraba de esa forma. Era el vigésimo sexto día que no veía a Olga y eso para él ya tenía olor a tragedia. Su madre había permanecido dos semanas en el hospital debido a los golpes recibidos en el asalto del apagón y aún se mantenía en observación. Su padre tenía que trabajar el doble para comprar los medicamentos que el Seguro Social no les podía dar, pues siempre tenía el stock vacío. No era ninguna novedad. Conseguir dichas medicinas en una farmacia implicaba desembolsar sumas de dinero que en la mayoría de veces no tenían. Adrián R le decía a su papá que la Seguridad Social era un rezago del nazismo. «Con las SS industrializaron la muerte para matar judíos y estos hijos de puta nos matan igual con atención pésima y sin tener nunca los medicamentos adecuados. (¿No es mucha casualidad que las iniciales sean también SS?)». Por este motivo salía poco. Junto a su hermana veían lo de la casa, el mercado y la limpieza; pero se dio maña para escaparse en varias oportunidades e ir a buscar a Olga. Nunca la encontró. El dinero que su madre tenía guardado en su brasier, y que el Peque y el Perro Flaco no pudieron arrebatar, se había esfumado como por arte de magia. La señora no pudo evitarlo pues había estado totalmente inconsciente. Se sospechaba de los policías o de los enfermeros del hospital.

Pero ese pasajero había bajado hacía horas y hasta ese instante nadie se dignaba a levantar el brazo para una carrerita, «¡Ca-

rajo!, pensó el padre, cuando uno está más necesitado más nos jode la vida». A pesar de esto no pensaba en volver a su casa. Aún le faltaban horas de trabajo. Tenía que sacar unos setenta mil intis para la comida y para el tratamiento de su mujer. Unas cuadras más allá de esa avenida en Pueblo Libre, vio un brazo extendido. Rápidamente se adelantó a un Chevrolet decrépito y se cuadró delante de un joven flaco con manchas en el rostro y anteojos que parecía no saber en dónde estaba parado. «Qué hay primo, dónde te llevo». El joven explicó unas calles cercanas al hospital de Bravo Chico. «Eso está lejitos. A ver, que sean cuatro mil intis». Sin regatear el joven subió. El señor tuvo una pequeña sospecha. Miró la imagen del Señor de los Milagros colgada del retrovisor y se encomendó a él, persignándose. «¿Soy el primer cliente?», preguntó el joven. «No, este... Sí, amigo, usted es el primero. Espero me traiga suerte», dijo el señor pisando el acelerador.

La muerte de Raúl le había afectado bastante. Se había enterado al siguiente día cuando iba a recoger unas batas para su mamá. Una foto en el Última Hora se lo hizo saber. Raúl aparecía acurrucado dentro de una especie de nicho. Su carita estaba negra y tenía un rictus de tristeza. Pudo reconocerlo por la chompa con el nombre del colegio que Olga le habían dado días atrás. Corrió sin parar hasta la casa de ella, olvidando las batas y a su padre que lo estaba esperando. Deseaba avisarle, pero no encontró a nadie. Tocó y tocó el timbre y nada. Se retiró intrigado y con la angustia de no tener respuestas ni salidas. En esos días los diarios explotaron la historia del niño. Por ellos se enteró de que nadie reclamaba el cuerpo. Lima se había conmocionado con esa muerte. Varias entidades caritativas se encargaron de evitar que el cadáver fuera llevado a la fosa común y la vida de Raúl fue utilizada como ejemplo para sensibilizar a la población sobre los niños de la calle. Lo velaron en el albergue infantil, justo el lugar al que no quería vol-

ver. En el entierro fue paseado por sus amigos del Hondo quienes no derramaron ni una lágrima. Consideraban todo como un juego. Correteaban por aquí y por allá. El Pepito, Rebeca y Fernanda hacían muecas a las cámaras de televisión. El Peque y el Perro Flaco vislumbraban qué de bueno podían sacar. Ni siquiera cuando lo vieron dentro del ataúd se conmovieron; es más, el Mocos lo comparó con un churro frito. La televisión y los diarios llevaron a todo el país el momento de la inhumación en un nicho donado por algún caritativo. Allí tampoco nadie lloró y al tercer día no resucitó, más bien fue reducido a la nada ya que todos se olvidaron de Raúl y de los demás niños. La capital regresó a su habitual indiferencia.

«¿Y cómo va la chamba?», preguntó el joven. El padre argumentó que «regular». «Tener taxi te da, pero para cosas básicas». Esquivó un bache y violentamente dio una frenada. «Maneja bien, burro de mierda», le dijo a otro chofer que se había metido intempestivamente en su carril. «¿Antes en qué trabajaba, maestro?», preguntó el joven. «Yo era obrero en una fábrica de alambres y clavos en la época de Velasco... Y para qué pues, joven, yo estuve bien en esos años siendo obrero nada más, obrero calificado». Y entonces ese día, que ya era un recuerdo desde hacía años, el gerente de relaciones industriales se acercó donde ellos y les comunicó que iba a haber una reunión de los dueños con todos los trabajadores, sobre el decreto del gobierno acerca de las comunidades industriales. Y fue, pues, que todos sonrieron e ilusionados se fueron a sus casas: por fin seremos dueños de nuestro trabajo. ¡Kausachum Perú! Y la reunión se dio. Todos allí congregados como uno solo. Señores, el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas ha decretado crear a escala nacional las comunidades industriales, con la cual los trabajadores tendrán acceso al accionariado de la empresa y a un porcentaje en las utilidades de la producción mensual. Por eso pasaremos a explicarles en cifras.

caminas, están muertos. Tomaste el microbús que te dejara lo más cerca posible, y sin pensar en nada bajaste donde tenías que hacerlo, y llegaste hasta el lugar corriendo y jadeando, haciéndote sospechoso ante los curiosos, para ver lo que habías tenido que hacer, rogando que todo estuviera bien. Pero no fue así, pues ni una lágrima derramaste por el inmenso dolor que se juntó al otro que estaba cerquita en tu corazón. Sólo la policía, los periodistas y el Innombrable y el Treblinka, tapados con periódicos pasados que hablaban del atentado en Miraflores, la matanza de la pollada, un muerto aplastado en alguna autopista y un gol del potrillo Escobar, o de la última ranchera cantada por el Presidente en Palacio de Gobierno, celebrando la instauración del pan popular; todo manchado por su sangre, sangre nueva y no eterna, que no será el cáliz de su sangre, pero sangre que manchaba al Perú y a tu vida y la vida de todos esos hijos de puta, ¿no? Que nunca sabrán de ti y de ellos, y que te miraban como a un marciano en esas putas calles de mierda, ¿no? Bajo ese cielo que siempre era gris y que humedecía tus ojos, pues ya no tenían lágrimas que derramar, porque ellos no se merecían ninguna lágrima, merecían justicia que el cielo y las calles no te iban a dar, así siguieras caminando y caminando más, una y otra vez, y otra vez y una, en esa larga avenida llamada Venezuela y que antes, mucho antes, se había llamado Progreso. Por eso no te diste cuenta de que habías dejado atrás la esquina de tu barrio, dejando ya lejos tu casa, ni tampoco que la gente compraba el pan para el lonche, ni nada, ni siquiera que te dirigías hacia el final de esa vereda donde a lo lejos moría el sol entre matices rojos, como los años vividos, escondiéndose entre un mar sucio y nubes negras, para dejar que una noche sin estrellas te cubriera a ti, a las calles, a la ciudad.